

CAPÍTULO VI.

Si, señora, allí he nacido y lo hago constar expresamente por si llega el caso de que, después de mi muerte, siete ciudades: Schilda, Krähwinkel, Polkwitz, Bockum, Dülken, Göttinga y Schöpenstedt, se disputen la honra de ser mi patria.

Düsseldorf es una ciudad situada á orillas del Rhin, en que viven 16.000 personas y en que yacen sepultados muchos centenares de millares más. Y entre estas últimas hay algunas que, según decía mi madre, más valiera que viviesen aún, tales como mi abuelo, mi tío, el viejo Sr. de Geldern y aun el joven Sr. de Geldern, que tan famosos doctores fueron ambos, que á tantos salvaron de la muerte, y no obstante tuvieron ellos que morir. La piadosa Úrsula, que de niño me llevara en sus brazos, también yace allí enterrada, y crece un rosal sobre su tumba; gustaba tanto en vida del olor de la rosa, que su corazón era solamente perfume de rosa y bondad. También descansa allí el viejo y prudente canónigo. ¡Dios mío, qué miserable aspecto tenia la última vez que le vi! No era más que espíritu y emplastos, y estudiaba no obstante noche y día como temiendo que los

gusanos echaran de menos algunas ideas en su cerebro.

También yace allí el niño Guillermo, y yo tengo de ello la culpa. Éramos compañeros de colegio en el convento de los franciscanos, jugábamos en el mismo sitio en que corre el Düssel entre muros de piedra, y le dije:

— «Guillermo, saca á ese gatito que acaba de caerse»; saltó alegremente sobre la tabla que cruzaba el arroyo, sacó el gatito del agua, pero se cayó él, y cuando le extrajeron estaba calado y muerto, mientras que el gatito vivió mucho tiempo aún.

La ciudad de Düsseldorf es muy bella, y cuando se piensa en ella desde lejos, y por casualidad ha nacido uno allí, experimenta sentimientos extraños. Yo he nacido en ella, y me parece que debiera volver al punto á mi patria. Y al hablar de ir á mi patria pienso en la calle de Bolker y en la casa en que nací.

Esta casa será algún día muy notable, y he mandado decir á la anciana señora que la posee, que no debe venderla de ningún modo. Apenas le darían hoy por toda la casa lo que importarán sólo las propinas que algún día den á la criada algunas distinguidas inglesas cubiertas con su velo verde, porque les enseñe el cuarto en que vi la luz primera, el gallinero en que mi padre solía encerrarme cuando le goloseaba las uvas, y la puerta oscura en que mi madre me enseñaba á escribir las letras con tiza. ¡Ah, Dios mío, si he llegado á ser un escritor reputado, cuánto trabajo no costó á mi pobre madre!

Pero mi gloria duerme hoy todavía en el seno de un

bloque de mármol de Carrara; el pobre laurel con que se ha adornado mi frente no ha esparcido aún su aroma por el mundo todo, y cuando las distinguidas inglesas del velo verde vienen á Düsseldorf, pasan sin reparar en la célebre casa, y van directamente á la plaza del mercado á contemplar la negra y colosal estatua ecuestre que se eleva en su centro, y que trata de representar al príncipe elector Jan Wilhelm (1), que viste negro arnés y dilatadísima y colgante peluca.

Siendo muchacho oí referir que el artista que fundió la estatua, observó con terror al vaciar el líquido, que no tenía suficiente metal, y entonces los vecinos de la ciudad acudieron llevándole sus cubiertos de plata para completarla. Pues yo me pasaba las horas muertas delante de la estatua, y me devanaba los sesos calculando cuántos cubiertos de plata echarían y cuántas tortas de manzana se pudieran haber comprado con toda aquella plata.

Entonces constituían mi pasión las tortitas de manzana, ahora la constituyen el amor, la verdad, la libertad y la sopa de cangrejos; y precisamente, no lejos de la estatua del elector, á la esquina del teatro, acostumbraba á ponerse un pobre diablo extraordinariamente atezado, con sus piernas en forma de sable, blanco delante y una cesta suspendida del cuello llena de las bien olientes tortitas de manzana, que con irresistible voz de soprano, elogiaba así: «¡Tortitas de manzanas tierneci-

(1) Pronúciase: *Jan Wilhelm* (Juan Guillermo).

tas, acabadas de salir del horno! ¡Qué bien huelen!»

Verdaderamente, cuando en época posterior ha querido el diablo acercarse á mí, ha hablado en aquella atractiva voz de soprano, y no hubiera podido permanecer doce horas completas en casa de la *signora Giulietta* si ella no hubiese adoptado el dulce y oloroso tono de las tortitas de manzana. Aunque es seguro que no me hubieran atraído tanto las tortas de manzana, si el elevado Hermann no las hubiera cubierto tan misteriosamente con su blanco delantal. Los delantales son los que.... me extravían de mi asunto, pues hablaba de la estatua ecuestre que tenía tantos cubiertos en el cuerpo, sin una cucharada de sopa, y representaba al príncipe elector Jan Wilhelm.

Este había sido un buen señor muy amante de las artes y aun hombre muy hábil. Él fundó la galería de pinturas de Düsseldorf, y en el observatorio de la misma se enseña todavía una copa de madera sumamente artística, guardada en su estuche (1), que él mismo cincelara en sus ratos de ocio, que eran las veinticuatro horas del día.

Entonces no eran los príncipes todavía gentes atormentadas como ahora; la corona les crecía firme en la cabeza; por la noche la cubrían con un gorro de dormir, y dormían tranquilos; á sus pies dormían tranquilos los pueblos, y al despertar por la mañana, le decían éstos:—«¡Buenos días, padre!» y aquéllos contestaban:—«¡Buenos días, queridos hijos!»

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

Pero de pronto cambiaron las cosas. Cuando una mañana despertamos en Düsseldorf, y quisimos decir: «¡Buenos días, padre!» el padre había partido; en toda la ciudad no reinaba más que una muda estupefacción; todo tenía un aspecto fúnebre, y la gente se deslizaba en silencio hacia la plaza, y leía el largo cartel pegado en la puerta de la Casa Consistorial. Hacía un día sombrío, y el flaco sastre Kilian vestía aun su traje de Nankin, que sólo llevaba en casa, las medias de lana azul se le caían, descubriendo tristemente sus desnudas pierne-cillas; sus delgados labios temblaban, en tanto que murmuraba para sí lo que el cartel decía. Un viejo inválido del Palatinado leía casi en voz alta, y de cuando en cuando le caía una brillante lágrima sobre su blanco y honrado bigote. Yo estaba junto á él y también lloraba, mas le pregunté por qué llorábamos. Entonces me contestó:—«El elector da gracias....» y á poco siguió leyendo: «á sus súbditos por su probada lealtad.... y os desliga de vuestros juramentos.....» Y se puso á llorar aun más fuerte.

Es extraño ver que, un anciano, vestido de antiguo uniforme y con el rostro de soldado cubierto de cicatrices, llore de repente con tal fuerza. Mientras leíamos, quitaron el escudo de armas del elector de la Casa Consistorial; todo tomó un aspecto angustioso y desolado, como si se esperase un eclipse de sol; los señores Consejeros se paseaban lentamente, con aire de cesantes; hasta el omnipotente comisario de policía miraba, como si nada más tuviera que mandar, y permanecía allí tan

pacíficamente indiferente, aunque el loco Eloy bailoteaba sobre un pie, y con estúpidos gestos recitaba los nombres de los generales franceses, mientras el beodo y sinuoso Gumpertz se revolcaba en el arroyo cantando *¡ça ira, ça ira!* (1)

Pero yo me fui á casa llorando y exclamando: «el príncipe elector da gracias.» Mi madre quiso tranquilizarme, mas yo sabía lo que sabía y no me dejé convenecer, yéndome á acostar llorando.

Por la noche soñé que el mundo tocaba á su fin. Los bellos jardines floridos y las praderas verdes eran despegados de la tierra y enrollados como tapices; el comisario de policía estaba subido en una alta escala y descolgaba el sol del cielo; el sastre Kilian se hallaba allí cerca, y decía para sí: —«Vamos á casa, tengo que vestirme elegantemente, pues estoy muerto y hoy me han de enterrar.» Cada vez se oscurecía más el cielo, algunas estrellas brillaban escasamente en el espacio, y caían también como las amarillas hojas en otoño; poco á poco iban desapareciendo los hombres; yo, pobre niño, vagaba de un lado á otro lleno de angustia; me detuve al fin ante el pajar de una desierta casa de labranza, y vi allí á un hombre que con la azada removía la tierra, y junto á él una aborrecible y maliciosa mujer, que llevaba en el de-

(1) En la versión francesa se lee, en vez de *con aire de cesantes, con semblantes desengomados* (dégommées), y al fin, el canto de Gumpertz, en vez de la canción revolucionaria *ça ira, ça ira*, que hay en el texto alemán, es: *Malboroguh se va á la guerra*.

lantal algo como la cabeza cortada de un hombre, era la luna que colocaron cuidadosamente en la fosa abierta; y tras de mí se hallaba el inválido del Palatinado que sollozaba y delectaba: —«El prin-ci-pe elec-tor da gra-cias.»

Cuando me desperté, reaparecía el sol, como de costumbre, penetrando por la ventana; en la calle se oían tambores; y cuando entré en su cuarto y dí los buenos días á mi padre, que estaba cubierto con blanco peinador, oí al corretón peluquero, mientras le rizaba los bucles, contarle, que aquel mismo día sería jurado en la Casa Consistorial el nuevo gran duque Joachim; que éste era de la mejor familia; que había tomado por esposa á la hermana del emperador Napoleón, y que realmente tenía mucho garbo y llevaba rizada en bucles su hermosa cabellera negra, y por último, que á su entrada había de agradar con seguridad á todas las mujeres.

Entretanto el tambor continuaba sonando; salí á la puerta de casa y vi marchar las tropas francesas, á ese alegre pueblo de la gloria, que atravesó el mundo cantando y tocando; los rostros graves y serenos de los granaderos, sus gorros de oso, sus escarapelas tricolores, sus brillantes bayonetas; la infantería ligera, llena de jovialidad y pundonor, y el inmenso tambor mayor, cubierto de bordados de plata, que sabía arrojar su bastón de porra dorada hasta un piso principal y su mirada hasta un segundo, á cuyas ventanas asomaban bellas jóvenes. Me regocijé al pensar que tendríamos alojados, lo que no agradaba á mi madre, y me fui corriendo á la plaza del mercado.

Tenía ésta un aspecto completamente distinto; como si el mundo hubiera sido revocado de nuevo. Un nuevo escudo pendía de la Casa Consistorial; la balaustrada de hierro del balcón estaba cubierta con una colgadura de terciopelo bordado; los granaderos franceses montaban la guardia; los viejos señores consejeros tenían nueva cara, vestían su traje de día de fiesta, mirábanse á la francesa y se decían: *bon jour*. Todas las ventanas estaban llenas de señoras; burgueses curiosos y brillantes soldados llenaban la plaza, y yo, juntamente con otros muchachos, me encaramé sobre el gran caballo del elector y contemplé desde allí el abigarrado hormigueo de la plaza del mercado.

Pedro, el hijo del vecino, y el larguirucho Kunz debieron haberse desnucado en aquella ocasión, y hubiera sido mejor, porque el uno se escapó más tarde de la casa paterna, se fué con los soldados, desertó, y fué fusilado en Maguncia. El otro hizo descubrimientos geográficos en los bolsillos ajenos, por cuya causa vino á ser miembro activo de un establecimiento público de hilados, rompió los lazos de hierro que á la casa y á la patria le ligaban, atravesó felizmente el mar, y murió en Londres de resultas de una corbata estrechísima que se cerraba por sí propia, en cuanto un funcionario real retiraba la tabla situada bajo sus pies.

El larguirucho Kunz nos dijo, que á causa de la jura no había escuela aquel día. Tuvimos que esperar mucho hasta que aquélla se verificara. Al fin se llenó el balcón de la Casa Consistorial de abigarrados señores, banderas

y trompetas, y el señor burgomaestre, con su célebre uniforme rojo, pronunció un discurso, que se estiraba como si fuera de goma elástica, ó un gorro de punto en el que se arrojara una piedra — pero no la filosofal — llegando claramente á mi oído algunas frases, tales como: « se nos quiere hacer felices », y tras estas palabras, sonaron las trompetas, se agitaron las banderas, redoblaron los tambores y sonaron *vivas*; y al gritar yo mismo ¡*viva!* me asía fuertemente al viejo elector. Y bien lo necesitaba, porque sentía frecuentes mareos, y creía que la gente andaba de cabeza, porque se había invertido el mundo, cuando la cabeza del príncipe elector con su larga peluca se inclinó murmurando: « ¡Agárrate á mí! » y sólo al estruendo del cañón que partía de la muralla, me despavilé y descendí con cuidado del caballo del elector.

Al volver á casa, vi otra vez al loco Eloy bailando en un pie, al paso que recitaba los nombres de los generales franceses; al sinuoso Gumpertz que, embriagado, revolcándose en el arroyo, berreaba: *ça ira, ça ira.....* y le dije á mi madre: Se nos quiere hacer felices, y por esta razón hoy no hay escuela (1).

(1) En la versión francesa las dos veces que se habla de asirse á la estatua del elector dice: *á la peluca, á la vieja peluca*; y en el último párrafo vuelve á decir: *Malborough se va á la guerra, en vez de: ça ira.*

CAPÍTULO VII.

Al día siguiente el mundo estaba otra vez completamente en orden, volvió á haber escuela como antes, y como antes había que aprender de memoria los reyes de Roma, la cronología, los nombres en *im*, los verbos irregulares, griego, hebreo, geografía, lengua alemana, cálculo oral.... ¡Dios! todavía se me va la cabeza.

Todo esto había que aprenderlo de memoria. Y muchas de estas cosas podían serme útiles en adelante, pues si no hubiera sabido de memoria los reyes de Roma, me hubiera sido después completamente indiferente, si Niebuhr probó ó no probó que jamás existieron. Si no hubiera sabido números, ¿cómo me hubiera visto en la gran Berlín, donde una casa se parece á otra como una gota de agua ó un granadero á otro, y donde no logra uno encontrar á sus conocidos, si no lleva en la cabeza el número de sus casas?

A cada conocido le asociaba al punto un acontecimiento histórico, cuya fecha coincidía con el número de su casa, así que me podía acordar fácilmente de éste si pensaba en aquél, y de igual manera, podía recordar siempre un suceso histórico en cuanto veía un conocido. Así, por ejemplo, si encontraba á mi sastre, pensaba al

punto en la batalla de Marathon; si encontraba el acicalado banquero Christián Gumpel, pensaba al punto en la destrucción de Jerusalén; veía á un amigo portugués plagado de acreedores, pensaba al momento en la huída de Mahoma; veía al rector de la Universidad, cuya estricta rectitud me era conocida, pensaba en la muerte de Aman (1); así que veía á Wadzeck, pensaba en Cleópatra.... ¡Ah, santo cielo! la pobre bestia ha muerto, los lagrimales se han secado, y puede decirse con Hamlet: «¡Después de todo, era una anciana; aun tendremos con frecuencia iguales suyos!»

Como decía, la cronología es absolutamente necesaria; pues conozco hombres que no tenían más que un par de fechas en la cabeza, y con ellas sabían encontrar ciertas casas en Berlín, y ahora son profesores ordinarios. Pero yo pasaba muy malos ratos en la escuela con las muchas cifras. Aun me iba mucho peor con el cálculo propiamente dicho. Lo que mejor comprendía era la sustracción, pues hay en esto una regla práctica capital: «Cuatro de tres no puede ser; pues tomo una.» En este caso aconsejó que se tomen algunos *groschen* de más, pues no se puede saber..... (2).

Mas en cuanto al latín, no puede usted, señora, for-

(1) En el original *Haman*. Desde aquí al fin del párrafo falta en la versión francesa.

(2) En la versión francesa hay algunas adiciones. Después de: *Aun me iba mucho peor con el cálculo propiamente dicho*, añade: *Comprendía poco la adición; y sigue: la sustracción, en aritmética, iba ya mejor..... tomo una*, y añade: *deceña*; y al fin: *pues no se sabe lo que puede ocurrir*.

marse una idea de lo complicado que es esto. Seguramente que á los romanos no les hubiera quedado tiempo suficiente para conquistar el mundo si hubieran tenido antes que aprender latín. Estas dichosas gentes sabían ya en la cuna qué nombres hacen el acusativo en *im*. Yo, al contrario, tenía que aprenderlo de memoria con el sudor de mi frente; pero siempre es bueno que lo sepa, porque si, por ejemplo, al sostener públicamente en el aula de Göttinga mi tesis latina el 20 de Julio de 1825 (y, señora, esto vale la pena de oírse), hubiera dicho *sinapem* en vez de *sinapim*, acaso alguno de los *pipiolo*s presentes lo hubiera notado, y esto hubiera sido para mí una deshonra eterna. *Vis, buris, sitis, tussis, cucumis, amussis, cannabis, sinapis*....; estas palabras, que tanto ruido han metido en el mundo, lo deben á pertenecer á una clase determinada, y no obstante constituir una excepción; por lo cual las estimo mucho, y el tenerlas á mano, cuando de pronto las necesito, me proporciona gran satisfacción y consuelo en ciertos tristes momentos de la vida.

Pero, señora, los verbos irregulares, que se distinguen de los regulares en que por su causa se reciben más palos, son horriblemente difíciles. En las sombrías arcadas del claustro de los franciscanos, no lejos de la clase, pendía entonces un gran Cristo crucificado, de madera gris, una imagen desolada, que aun se me acerca con frecuencia de noche en mis sueños, y me mira tristemente con ojos fijos y sangrientos; pues ante esta imagen me detenía yo con frecuencia y le rogaba: ¡Oh, tú,

pobre y también atormentado Dios, si por ventura te es posible, haz que retenga en la memoria los verbos irregulares!

Tampoco quisiera hablar del griego porque me incomoda demasiado. No dejaban de tener razón los monjes de la Edad Media al afirmar que el griego era un descubrimiento del demonio. Dios sabe los sufrimientos que me ha costado. Con el hebreo iba mejor, pues siempre tuve gran predilección por los judíos, si bien ellos, hasta la hora presente, han crucificado mi buen nombre; pero tampoco podía acomodarme al hebreo, hasta el punto que mi reloj, que había contraído muchas íntimas relaciones con los prestamistas sobre prendas, y había aceptado por ello muchas costumbres judías. Por ejemplo, el sábado no andaba. Aprendió la sagrada lengua, y más tarde, la emprendió con su gramática, pues en noches de insomnio le oí con asombro que, por sí, martilleaba continuamente: *katal, katalta, katalti..... kittel, kittalta, kittalti..... pokat, pokadeti..... pikat..... pik..... pik.....* (1).

No obstante, comprendía mucho mejor la lengua alemana, y eso que ésta no es tampoco una niñería; pues los pobres alemanes, ya bastante castigados con alojamientos, servicios militares, capitaciones y otras mil gabelas, tenemos todavía que cargar con el Adelung, y atormentarnos mutuamente con el acusativo y el ablativo. Aprendí mucho alemán con el viejo rector Schallmeyer, excelente señor eclesiástico que se interesó por mí

(1) Conjugación de verbos hebreos.

desde mi infancia. Pero también aprendí algo bueno del profesor Schramm, hombre que había escrito un libro sobre la paz eterna, y en cuya clase, mis traviosos condiscípulos andaban las más veces á mojicones.

Dejando correr la pluma y pensando en toda clase de asuntos, indeliberadamente, he puesto á usted al corriente de mis viejos recuerdos escolares, y aprovecho la ocasión para probarle, señora, que no fué por mi culpa por lo que tan poca geografía aprendí, que después no supiera orientarme bien en el mundo. Entonces los franceses habían trastocado todas las fronteras; todos los días estaban las naciones iluminadas de nuevo; las que habían sido azules, se trocaban de repente verdes; muchas se tiñeron también de color de sangre; el número de almas consignado en el texto se cambió y mezcló tanto, que ni el diablo le reconociera. Los productos de los países se cambiaron también: las achicorias y las remolachas crecían donde sólo se habían visto correr liebres é hidalguillos tras ellas; hasta cambiaron los caracteres de los pueblos; los alemanes se hicieron flexibles, los franceses se dejaron de cumplimientos, los ingleses no volvieron á tirar su dinero por la ventana, y los venecianos ya no fueron suficientemente astutos. Entre los príncipes hubo mucho progreso: los antiguos reyes recibieron nuevo uniforme; se amasaron nuevas monarquías que tuvieron tan buena salida como el pan de flor reciente; varios potentados fueron arrojados de casa y corte, y tuvieron que pensar en ganarse el pan de otra manera, optando algunos por aprender un oficio, y hacer, por ejemplo, la cre

para sellar..... Señora, este período tuvo al fin un término. El aliento me falta ya....; en pocas palabras, no se puede en semejantes tiempos adquirir grandes conocimientos geográficos (1).

Mejor es, en este sentido, la historia natural, en la que no pueden ocurrir tantos cambios, y en la que hay grabados precisos de monos, canguros, cebras, rinocerontes, etc. Y como se me quedaban en la memoria tales imágenes, me ha sucedido después con frecuencia que, á primera vista, me parecieron muchos hombres antiguos conocidos.

También iba bien en mitología. Me era muy grata aquella chusma de dioses que tan alegremente desnuda gobernaba el mundo. No creo que haya sabido nunca, mejor que yo, un escolar de la antigua Roma los principales artículos de su catecismo, por ejemplo, los amores de Venus. Y hablando en plata, una vez que habíamos de retener en la memoria los antiguos dioses, debíamos también haberlos conservado, puesto que tal vez no hallamos gran ventaja á nuestro *triteísmo* (2) neo-romano, ni á nuestro monoteísmo judaico (3). Quizá no era aquella mitología tan inmoral como se ha declamado en ofensa suya, pues que es, por ejemplo, una idea muy decente la

(1) En la versión francesa salta desde *laere para sellar*, hasta *en pocas palabras*.

(2) Permitase la palabra, pues hace juego con *monoteísmo*, y está formada como ella.

(3) En la versión francesa se lee: *puesto que quizá no hemos hallado gran ventaja en nuestros modernos dioses, tristes y enojosos*.

de Homero, al poner un esposo al lado de la enamoradiza Venus.

Pero donde mejor me encontraba era en la clase francesa del Abate d'Aulnoi, emigrado francés que había escrito una multitud de gramáticas, que gastaba una peluca rubia, y hacía los más ridículos batimanes cuando explicaba *Arte poética* y su *Historia alemana*. Era el único que en todo el gimnasio enseñaba historia de Alemania. No obstante, también el francés tiene su dificultad, y para aprenderle se necesitan muchos alojados, muchos tambores, mucho *aprender de memoria*, y ante todo, es preciso no ser una *bestia alemana*. Entonces se usaban algunas frases agrías (1).

Me acuerdo tan bien, como si ayer hubiera ocurrido, de que experimentaba mucha antipatía hacia *la religión*. Lo menos seis veces me dirigió la pregunta: —*Enrique, ¿cómo se llama la fe en francés?* Y seis veces, y siempre, contestaba yo lloriqueando: Se llama *el crédito*. Y á la séptima vez, con el rostro como una cereza, exclamó furioso el examinador: Se llama *la religión*..... y llovían palos, y todos los camaradas reían. Señora, desde entonces no puedo oír mencionar la palabra *religión* sin que mis espaldas palidezcan de miedo y mis mejillas enrojezcan de vergüenza. Y, palabra de honor, *el crédito* me ha sido más útil en la vida que *la religión*. En este

(1) En la versión francesa se lee:*bestia alemana*, como decían nuestros profesores de idioma, los de las grandes charretas doradas.

instante me sucede, que estoy debiendo cinco *thalers* en la fonda del León de Bolonia, y en verdad, me comprometía á no deber en ella otros cinco, con tal de no tener necesidad de volver á oír en esta vida la dichosa palabra *la religión* (1).

¡Pardiez, señora (2), en francés he hecho grandes progresos! No sólo entiendo el *patois*, sino también el francés de los nobles de Bonn (3). Aun no hace mucho que en una aristocrática sociedad, entendí casi la mitad de la conversación de dos condesas alemanas, cada una de las cuales contaba más de sesenta y cuatro años y otros tantos antepasados. Sí, en el café Royal de Berlín oí una vez hablar francés á *Monsieur* Hans Michel Martens, y entendí las palabras, por más que no formaban sentido. Es preciso conocer el espíritu de la lengua, y como mejor se aprende es por medio del tambor. ¡Pardiez! ¡cuánto no tengo que agradecer al tambor francés que estuvo tanto tiempo alojado en casa, que parecía un diablo, y no obstante, tenía un corazón tan angelical y redoblaba tan perfectamente!

Tenía una cara pequeña y movable, unos terribles

(1) Este párrafo falta en la versión francesa. Las palabras y frases subrayadas en este párrafo y en el anterior están en francés en el original: *Art poétique..... Histoire allemande..... apprendre par coeur..... Bete allemande..... Henry..... le crédit..... la religion*, que hemos traducido para hacer más fácil su lectura.

(2) En el original: *Parbleu, Madame.*

(3) En la versión francesa: *sino también el francés de los concineros y de la nobleza alemana.*

mostachos negros, bajo los cuales avanzaban fieramente sus rojos labios, en tanto que sus ojos de fuego disparaban en todas direcciones.

Yo pendía de él como un lampazo; le ayudaba á poner sus botones brillantes como espejos y á blanquear su chaleco con *greda*—pues á *Monsieur* Le Grand le gustaba agradar—y le seguía á la guardia, á la lista, á la parada..... Entonces no había más que brillo de armas y regocijo..... ¡*días de fiesta huyeron ya!*

Monsieur Le Grand sólo sabía algunos recortes de alemán, las expresiones principales: pan (*Brod*), beso (*Kuss*), honor (*Ehre*)....., pero sabía hacerse comprender muy bien en su tambor. Por ejemplo, si yo no sabía lo que significaba la palabra *libertad* (*liberté*), marcaba el ritmo de la *Marsellesa*, y le entendía. Si no sabía la significación de la palabra igualdad (*égalité*), redoblaba la marcha *ça ira, ça ira..... les aristocrates à la lanterne!* y le entendía. No sabía lo que era estupidez (*bêtisse*), redoblaba la marcha de Dessau, que nosotros los alemanes, como también lo dice Göthe, redoblamos en Champagne....., y le entendía (1). Quiso una vez explicarme la palabra Alemania (*l'Allemagne*) y tocó esa primitiva melodía que se oye con frecuencia en días de mercado, para hacer bailar los perros, cuyo ritmo es:

(1) Las palabras subrayadas, en francés: *les jours de fête son passés!* En la edición francesa falta; como también lo dice Göthe, y se lee en vez de esto: *durante la revolución.* En vez de la palabra *bêtisse* se lee *sottise.*

Dum, dum, dum; me enfadé, pero lo entendí también (1).

De un modo análogo me enseñaba también la historia moderna. Quizá no comprendía yo las palabras que él me decía, pero como redoblaba constantemente en su tambor al paso que hablaba, sabía bien lo que quería decirme. En el fondo, éste es el método mejor de enseñanza. La historia de la toma de la Bastilla, de las Tullerías, etcétera, se comprende perfectamente, si se sabe qué se tocaba en el tambor en aquellas ocasiones. En nuestro compendio de la escuela, se leía únicamente: «Sus excelencias los barones y condes, y sus señoras esposas, fueron decapitados.... Sus altezas los duques y príncipes, y sus serenísimas esposas, fueron decapitados.... S. M. el rey y S. M. la reina su esposa, fueron decapitados.....» Pero cuando se oye redoblar la sangrienta marcha de la guillotina se comprende todo esto perfectamente, y se sabe por qué y cómo.

¡Es una marcha admirable, señora! Me hizo temblar hasta la médula de los huesos cuando la oí por primera vez, y me sentí tranquilo cuando la olvidé. Se olvida algo cuando se envejece; ¡pero un joven tiene ahora tantas cosas que retener en la memoria! El *whist*, el *boston* (2), las tablas genealógicas, las decisiones de la dieta, la dramaturgia, la liturgia, el arte de trinchar.....,

(1) Se enfadó porque *dumm* es una palabra alemana que significa *bestia*.

(2) Juegos de naipes, respectivamente, de origen inglés y americano.

y realmente, por más que me torturara el cerebro, no podría en mucho tiempo acordarme de aquella poderosa melodía. Pero, figúrese usted, señora, que no hace mucho, hallándome sentado á la mesa con toda una cáfila de condes, príncipes, princesas, gentileshombres de cámara, mariscalas, coperos, mayordomas mayores, tesoreros, monteras mayores, ó como quiera que se llamen todos estos distinguidos domésticos (1), y sus subdomésticos, corrían por detrás de sus sillas y les ponían los platos llenos ante la boca.....; pero yo, á quien habían pasado por alto, á quien no habían visto, estaba ocioso, sin la menor ocupación para mis mandíbulas, amasaba pelotillas de migas de pan, y, ya aburrido, me puse á tocar el tambor con los dedos, y, con asombro mío, comencé de pronto á redoblar la sangrienta marcha de la guillotina, hacia largo tiempo olvidada.

«Y ¿qué sucedió?» Señora, estas gentes no se dejan perturbar en sus comidas, y no saben que otras, cuando no han comido, se ponen de repente á redoblar tal vez esas curiosas marchas que se creían olvidadas hace tiempo.

Ahora bien, el tocar el tambor es en mí un talento ingénito, ó se ha desarrollado muy temprano; baste decir que reside en todos mis miembros, manos y pies, y que con frecuencia se manifiesta involuntariamente.

Hallábame en Berlín en el colegio del consejero íntimo Schmalz, hombre que había salvado al Estado con su

(1) En el original hay esta promiscuidad de sexos que no se halla en la versión francesa.

libro acerca del peligro de los mantos negros y rojos. Se acordará usted, señora, de haber leído en Pausanias que una vez por el rebuzno de un asno se descubrió precisamente un complot tan peligroso; también sabrá por Livio ó bien por la Historia universal de Becker, que los gansos salvaron el Capitolio, y por Salustio sabrá usted con toda precisión que por una cortesana parlanchina, por la señora Fulvia, vino á descubrirse la terrible conspiración de Catilina.

Pero volviendo al susodicho carnero, en el colegio del señor consejero íntimo Schmalz oía la explicación del Derecho de las naciones; era poco más de mediodía de uno de verano aburridísimo, yo estaba sentado en el banco y oía cada vez menos. Mi cabeza estaba dormida.....; pero de pronto me despierto al ruido de mis propios pies, que habían permanecido despiertos, y probablemente habían oído afirmar cosas contrarias al derecho de las naciones é insultar las ideas constitucionales, y mis pies, que con sus pequeños ojos de gallo penetran mejor las tendencias del mundo que el consejero íntimo con sus grandes ojos de Juno, estos pobres y mudos pies, incapaces de expresar con palabras su opinión, libre de prejuicio, quisieron hacerse entender batiendo marcha, y la batieron con tal fuerza, que casi caí en desgracia.

¡Condenados, imprudentes pies! (1) Me jugaron otra análoga pasada, otra vez que me hospedaba en Göttinga,

(1) La versión francesa dice: *Jóvenes imprudentes, pies aturdidos!* pero el texto consigna *verdammt* (*condamnat*).

en casa del profesor Saalfeld, y éste con su desmañada movilidad saltaba de un lado para otro en su cátedra, y entraba en calor para poder injuriar debidamente al emperador Napoleón.—No, pobres pies, no puedo vituperaros el que entonces redoblarais; sí, nunca os lo hubiera vituperado, si en vuestra estúpida inocencia, os hubierais expresado pateando con más claridad (1).

¿Cómo, yo, el discípulo de Le Grand había de oír injuriar al Emperador? ¡Al Emperador! ¡al Emperador! al grande Emperador!

Cuando pienso en el gran Emperador, vuelven á matizarse mis recuerdos del verde y oro del estío; una larga calle de tilos álzase floreciente, y bajo las frondosas ramas se posan canoros ruiseñores; murmura la cascada, álzase las flores en sus redondos acirates y mueven soñadoras su hermosa cabeza.—Yo estaba con ellas en misteriosa relación; los acicalados tulipanes me saludaban contoneándose con necio orgullo; los nerviosos lirios se inclinaban melancólica y tiernamente; las encendidas rosas, al contrario me sonreían desde lejos; las violetas nocturnas suspiraban; no había aun entablado conocimiento alguno con los mirtos y laureles, pues no me atraían con brillantes flores; pero teuda especial intimidad con la reseda, con la que ahora estoy en tan mala inteligencia—(2). Hablo del jardín de la corte en Düs-

(1) Aquí añade: *pero ¡con qué ardor se os oyó redoblar sobre el entarimado!*

(2) Esta parte del párrafo ha sido abreviada en la versión francesa.

seldorf, en el que reclinado con frecuencia sobre el césped, escuchaba piadosamente lo que M^{onsieur} Le Grand me refería de los hechos de armas del gran Emperador, batiendo al mismo tiempo las marchas que resonaran al tiempo de realizarse, de manera que todo lo veía y oía como si estuviera ocurriendo.

Vi así la ascensión al Simplón..... al Emperador delante, y tras él trepando sus bravos granaderos, mientras que las asustadas aves lanzan graznidos y truenan á lo lejos los ventisqueros..... Vi al Emperador, bandera en mano, sobre el puente de Lodi; le vi en Marengo cubierto por gris manto; le vi á caballo en la batalla de las pirámides..... ¡No se veía más que humo de pólvora y mamelucos! Le vi en la batalla de Austerlitz..... ¡Cómo silbaban las balas sobre la brillante llanura helada! Vi, oí la batalla de Jena..... ¡Dum, dum, dum!..... Vi, oí la batalla de Eilan, la de Wagram..... No, ¡apenas pude soportarlo! Monsieur Le Grand redoblaba de modo que casi me destrozaba la membrana del tímpano.

CAPÍTULO VIII.

Pero ¿qué pasó por mí cuando vi en persona, con mis felicísimos y propios ojos ¡hosannah! al propio Emperador?

Fué precisamente en el paseo del jardín de la corte en Düsseldorf. Al introducirme por entre la embobada muchedumbre; pensaba yo en los hechos y batallas que me redoblara Monsieur Le Grand en su tambor, y mi corazón tocaba á generala..... No obstante, pensaba al mismo tiempo en las ordenanzas de policía que prohibían pasar á caballo por medio de dicho paseo, bajo la pena de cinco *thalers* de multa. Y el Emperador, seguido de su escolta, cabalgaba por medio de él; los árboles estremecidos se inclinaban hacia adelante; al paso que avanzaba, los rayos del sol penetraban, palpitantes de miedo y curiosidad, á través de la verde fronda, y sobre el cielo azul, allá arriba, flotaba distintamente un astro de oro.

El Emperador llevaba su modesto uniforme verde y su histórico sombrero blanco. Montaba un caballito blanco, que marchaba tan tranquilo y orgulloso, con tal seguridad, y de una manera tan distinguida, que si yo hubiera sido el príncipe de la corona de Prusia hubiera enviado á este caballito. El Emperador cabalgaba descui-

dadamente, casi inclinado; en una de sus manos llevaba en alto las riendas, y con la otra daba al caballito cariñosas palmadas en el cuello. Era esta una mano de radiante mármol, una mano poderosa, una de las dos manos que doblegaran al monstruo de mil cabezas de la anarquía, una de las que habían ordenado el duelo de los pueblos, y golpeaba cariñosamente el cuello del caballito. Tenía su rostro ese color que hallamos en los bustos griegos y romanos; sus rasgos eran de las nobles proporciones de los antiguos, y en este semblante estaba escrito: «Tú no tendrás otros dioses que yo.»

Flotaba en sus labios una sonrisa que enardecía y tranquilizaba los corazones, y se sabía que no tenían más que silbar aquellos labios, y *la Prusia no existiría ya*; que no tenían más que silbar y se había hundido el sacerdocio; que no tenían más que silbar y danzaría todo el Santo Imperio Romano. Y estos labios sonreían y también sonreían sus ojos. Tenía unos ojos claros como el cielo, sabía leer en el corazón de los hombres; veía rápida y simultáneamente todas las cosas, en tanto que los demás no las vemos sino sucesivamente y á veces sólo sus sombras matizadas. Su frente no estaba serena, anidaban en ella los espíritus de futuras batallas; con frecuencia latía su frente y eran los creadores pensamientos, los grandes pensamientos provistos de las botas de siete leguas, con que el espíritu del Emperador cruzaba el mundo sin ser visto.—Y yo creo que cada uno de estos pensamientos hubiera dado á un escritor alemán materia para escribir toda su vida.

El Emperador cabalgaba tranquilo por medio del paseo, y ningún agente de policía se le opuso; tras él, orgullosamente montada en espumantes corceles y cargada de oro y de joyas (1) seguía su comitiva; redoblaban los tambores; sonaban las trompetas; junto á mí bailaba el loco Eloy, recitando los nombres de sus generales, y no lejos murmuraba el ebrio Gumpertz (2), al tiempo que el pueblo gritaba con millares de voces: ¡Viva el Emperador!

(1) La versión francesa dice *plumas*, pero el original *Geschmeide*, que significa joya, trabajo artístico repujado, cincelado, etc.; y en efecto, para decir *plumas* hubiera usado: *Feder* (plumas), *Hutfeder* (plumero) ó *Federbusch* (penacho).

(2) La versión francesa dice: *Gumpertz berreaba su Malborough*.

CAPÍTULO IX.

El Emperador ha muerto. En una isla desierta del Océano Atlántico está su tumba solitaria, y *él*, para quien era estrecha la tierra, descansa en paz bajo una pequeña colina, donde cinco plañideros sauces dejan pender con desesperación su verde cabellera, y un piadoso arroyuelo pasa murmurando melancólicamente. No hay inscripción alguna sobre la losa de su tumba; pero Clío escribió sobre ella con su estilo justo invisibles palabras, que cual sonidos mágicos vibrarán á través de millares de años.

¡Inglaterra! tuyo es el mar. Pero no tiene el mar agua suficiente para lavar la vergüenza que te lega al morir el ilustre finado. No fué tu fanfarrón Sir Hudson, no, tú misma fuiste el esbirro siciliano que los conjurados reyes apostaran para vengar secretamente en este hombre del pueblo lo que el pueblo hiciera un día con uno de ellos á cara descubierta..... ¡Y era tu huésped, y se había sentado á tu hogar!

Hasta los tiempos más remotos seguirán cantando y repitiendo los niños en Francia la terrible hospitalidad del *Bellerophon*, y cuando esta canción burlona y lacri-

mosa resuene al otro lado del Canal, se enrojecerán las mejillas de todos los ingleses honrados. Pero llegará un día en que esa canción resuene, y ya no exista Inglaterra, yazga en tierra el pueblo del orgullo, y las tumbas de Westminster yazgan desechas, y olvidadas las cenizas Reales que encerraran.....; en que Santa Elena sea el Santo Sepulero á que los pueblos de Oriente y Occidente acudan en peregrinación sobre empavesados buques á fortificar sus corazones con el gran recuerdo de los hechos del Salvador del mundo (1), del que padeció bajo Hudson Lowe, según escrito está en los evangelios de Las Cases, O'Meara y Autommarchi.

¡ Cosa rara ! á los tres mayores adversarios del Emperador le ha alcanzado el mismo terrible destino. Londonderry se ha degollado, Luis XVIII se ha podrido en su trono, y el profesor Saalfeld sigue siendo profesor en Göttinga.

(1) La versión francesa, en vez de *Salvador del mundo*, dice *Cristo temporal*.

CAPÍTULO X.

Érase un día claro y frío de otoño, cuando un joven con aspecto de estudiante, se paseaba lentamente por la avenida del jardín de la corte de Düsseldorf, y unas veces obedeciendo á infantil capricho, impulsaba con el pie las hojas caídas que cubrían el suelo, y otras elevaba melancólicamente la vista hacia los desecados árboles, de los que aun pendían algunas hojas de color de oro.

Al mirar arriba recordó las palabras de Glauco:

Los hombres son lo mismo que las hojas:
Unas esparce el viento ya marchitas;
Brotar hace otras nueva primavera;
Así: ¡ cuando este crece aquél termina ! (1).

En días ya lejanos había contemplado el joven los mismos árboles, animado por pensamientos completamente distintos, pues entonces era un niño que buscaba nidos de pájaro ó insectos, y en extremo le agradaba oírles zumbiar alegremente, regocijándose ante el bello mundo, contentos con una sabrosa hojita verde, con una

(1) Homero. *Iliada*. Canto VI.